



¡Calma! (y III)

Calma! El Vaticano y la Asamblea Sinodal quedan atrás. Es tiempo de respirar profundamente y ver, con cierta distancia, lo que hemos vivido.

Os confieso que, en algunas cuestiones que creía tener muy claras, después de escuchar las aportaciones y testimonios de otros participantes, he cambiado de opinión. Ahora veo una realidad distinta, más amplia. También más compleja. Entre otras cuestiones, también para esto era la Asamblea: para ver realidades diferentes.

Queda todavía un año de trabajo, ¡calma! Hemos hablado, nos hemos escuchado. En la próxima Asamblea tocará aterrizar en las sugerencias que le planteemos a **Francisco**.

Cuando en octubre de 2021 intervine con la meditación en el acto de apertura del Sínodo, dije: "En muchas ocasiones, la fidelidad exige cambiar. La fidelidad al mandato misionero recibido del mismo **Jesús**, la fidelidad a nuestra Iglesia, exige que se viva un cambio, y ese cambio puede suponer una revolución. A este respecto, conviene recordar las palabras del teólogo ortodoxo **Olivier Clément**, cuando decía

que, a lo largo de la historia, las revoluciones que han resultado más creativas son las que nacieron de la transformación del corazón".

¡Calma! Dejemos que las emociones nos toquen, que transformen nuestro corazón, demos prioridad a la inteligencia de ese corazón que, según la Biblia, es el centro de la persona.

¡Calma! Llevamos mucho tiempo hablando de conversión. Tengamos presente que, en hebreo, convertirse significa volver atrás, regresar al punto de partida para volver a empezar. ¿Estaríamos dispuestos a regresar al punto de partida para volver a empezar?

Tal vez deberíamos iniciar la conversión por dejar de hablar de Dios como el Altísimo y tratarlo como el Bajísimo, porque se abajó para hacerse uno de nosotros.

Ningún Dios ha hecho algo parecido por el hombre. Ese tendría que ser nuestro punto de inicio, ser todos como el Bajísimo

¡Calma! La transformación del corazón lleva tiempo. No se arregla con un trasplante. Sería demasiado fácil. ¡Calma!

Dejemos que las emociones transformen nuestro corazón. Eso lleva tiempo, no se arregla con un trasplante